

PUNTOS
DE SUSCRICION.

Los mismos que
los del COMER-
CIO.

LA MODA

PRECIOS
DE SUSCRICION.

Para los suscri-
tores á EL COMER-
CIO 4 rs. al mes.
Para los no suscri-
tores 6. Para los
defuerafrances 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.
SALE TODOS LOS DOMINGOS.

ADVERTENCIA.

Deseosos de adelantar lo posible la intere-
sante novela *El Conde de Monte-Cristo* que
hemos empezado á publicar, la damos hoy con
la *Moda* y continuaremos publicandola los
Domingos, reservando para los Jueves *El Cas-
tillo de Pinon*.

Nuestros lectores habrán advertido que
hemos mejorado en la novela la parte tipográ-
fica haciendo uso de mejor carácter de letra
sin dejar de dar por eso la misma cantidad de
lectura.

TEATRO PRINCIPAL.

LA FAVORITA, ópera en cuatro actos, mú-
sica del maestro Donizzetti.

Toca ya á su término la permanencia en esta
ciudad de la compañía lírica, ó si se quiere, co-
lonia filarmónica del teatro real de San Carlos de
Lisboa, y por lo mismo fuerza nos es dedicarle al-
gunas mas columnas de las que generalmente acos-
tumbramos, tanto mas cuanto que la empresa no
ha andado nada escasa en darnos una tras otra ya
óperas completamente nuevas, ya algunas otras
mas ó menos conocidas; pero todas de indisputa-
ble mérito y trabajosas en extremo para unos can-
tantes que siendo tan pocos han de estar siempre
por fuerza en sesion permanente, y echando cada
noche los bofes que les quedaron del ensayo ma-
tutino.

Ahora bien, sin contar con la *Adelia*, que te-
nemos entendido irá para dentro de poquísimos
días, nos acaban de dar *La Favorita*, ópera que
no parece ni siquiera prima hermana de las de-
mas de Donizzetti, y que tanto en Madrid, donde

se ha ejecutado recientemente, como, aqui ha sido
juzgada con notable variedad por los aficionados
legos, únicos de que podemos ser órgano, puesto
que calzamos los mismos puntos que ellos en
cuanto á inteligencia música.

Pero antes de penetrar en tan intrincada ma-
teria háenos de permitir que digamos algo acer-
ca del *libretto*, verdadero fenómeno como el de
los niños gordos ó la muchacha de los siete dedos,
y tal que nos ha sorprendido á pesar de que en
semejante género nos han dado lo bastante para
curarnos de espantos.

La accion se supone ser durante el reinado de
don Alfonso undécimo de Castilla y en el año de
1310, á lo menos tal dice el *libretto*; pero sin da-
da el autor no sabia ó no se acordaba por lo menos
de que don Fernando el Emplazado, padre del don
Alfonso, murió al año de 1312, y que dejó á su
hijo de edad de un año y pocos días, de forma que
tenemos aqui una accion cuyo protagonista no ha-
bia nacido todavia. Ahora bien, este rey nomato
tenia por dama á la célebre doña Leonor de Guz-
man, la cual en sus ratos perdidos acostumbraba
oir misa en el convento de Santiago de Compos-
tela, en donde estaba de novicio un cierto Fernan-
do, de estirpe anónima, pero á quien el padre Bal-
tasar, su prior, protegía decididamente á términos
de tenerle ofrecida la futura de su alta silla, á cu-
yos pies se postraban los reyes

nell, alto mio seggio

Re postrarsi verrebbero a te.

Sin embargo, las ambiciones de Fernando eran
entonces un poco mas positivas que todo eso; así
es que confiesa que está enamorado hasta la capu-
cha de una *virgen* (una *vergine*) la cual no era
otra que doña Leonor de Guzman, por mas que
parezca pulla el adjetivo.

Hábole sin duda de parecer bien á esta el oírse
llamar así, aunque solo fuera, como dice Cervantes
por ser cosa tan agena de su profesion, y en su
consecuencia resolvió corresponder al mancebo, el

cual, ignorando la clase de destino que su amada ocupaba en la casa real, se despide de su prior pidiéndole antes su bendición, á que el otro le contesta echándole punto menos que á mogicones.

Hemos dicho que la primera escena es en Santiago de Compostela; la segunda no le anda muy lejos puesto que se supone ser en la Isla de Leon y en una playa deliciosa, como si dijéramos el caño de Herrera ó Zaporito. Aquí un coro de doncellas, en vez de entretenerse en coger bocas ó en pescar langostinos, entona cánticos en los que se dice que el cielo está esmaltado de candidas flores.

El cielo smaltato.

Di candidi fior.

y otras necesidades por el estilo. Llega en esto Fernando en un barco, que viniendo de Galicia es probable fuese algun quechematin, y con una venda en los ojos salta en tierra mientras Ines, encargada del ramo especial de contrabandos de doña Leonor, quita el pañuelo al amante y va á buscar á su señora.

La conversacion es animadísima, como ya se puede suponer. Hay abrazo y apretón y *miu gioia*, y *ben mio* y todo lo que hay en los duos de esta especie; pero con la diferencia de que aquí él quiere casarse y ella no, que es lo contrario de lo que acostumbra á suceder en mas de cuatro duos hablados. Por fin, Leonor le da un papel en el que le viene á decir lo mismo que pudiera de palabra, si bien en este punto creemos que no se haya seguido el libretto.

El camino de la Isla á Sevilla no es largo, máxime si se va por la marisma de Lebrija. De consiguiente hénenos ya en el alcázar, donde el rey Alfonso espera á Fernando, que en un santiamén se ha hecho hombre de pro y que salvó á su señor en Turis, pueblo de España al que no ha llegado nuestra escasa geografía. Sin embargo, mientras la dama del monarca anda con el ridículo empeño de que este le vuelva su honor, un mensajero viene á revelar que se han cogido á Ines ciertas cartas para su señora, la cual, reconvenida por el rey, contesta con un teson sublime, ó si se quiere, con una admirable desfachatez, que aquellas cartas son de un hombre á quien adora. No sabemos á donde iria á parar el negocio si á dicha el mismísimo prior de Compostela ya citado no se nos hubiese entrado por las puertas queriendo escomulgar al rey y á Leonor sino se apartan de su mala vida, y dándoles un día para resolverse. En tal supuesto, y visto que Leonor tenia otro amante, Alfonso, como don Simplicio en la Pata de Cabra, renuncia generosamente á sus relaciones con ella, y por via de jubilacion la casa con Fernando, á quien hace marques y á quien da honores y encomiendas ya que no otra cosa. Este, que debería ser algo tonto, toma el asunto como moneda corriente; pero instruido del *quid*

pro quo que le quieren jugar grita, patéa, rompe la espada, y se vuelve á su convento de Galicia, donde vestida de fraile le sigue Leonor, y donde, despues de algunos dimes y dires, se muere ella de pena, y Fernando dice que él deja el morirse para mañana.

Avró doman la stessa prece.

Concluido lo que teniamos que decir del argumento réstanos dos palabras acerca de la música.

Donizetti escribió esta ópera para la Academia real de Paris, y por eso sin duda, apartándose de su trillado camino, ha querido hacer muestra de su ciencia y buscar el voto de los profesores con preferencia al aplauso de la generalidad del público. Decimos esto porque *La Favorita* tiene gran concepto entre los inteligentes, como obra del arte, pero por lo mismo es poco popular en sus cantos y apenas se comienza á conocer lo que vale antes de haberla oido algunas veces.

He aquí en efecto lo que ha sucedido en Cádiz. Algunas piezas fueron muy aplaudidas la primera noche, no obstante falta le ensayos; pero el final fué silencioso y no obtuvo el honor de una sola palmada. Sin embargo, cada día se observa que gana terreno en el gusto público, y parécenos que llegaría á agradar mucho á ser mayor el número de representaciones que restan.

La señora Albertini y los señores Tamberlik y Sermattej han cantado bien, como siempre les sucede, y cada uno en particular ha sido aplaudido con singular justicia. El señor Rodda, recientemente ajustado, y á quien ya conocíamos, ha ayudado al buen éxito de la ópera de su parte de Baltasar.

Ignoramos si aun nos quedará tiempo para dar nuestro adios de despedida á tan beneméritos artistas; pues tal vez habrán concluido sus tareas antes de que salga á luz el próximo número. En tal caso les deseamos felicidad para que nos hagan otra visita tan agradable como esta; cosa que esperamos tanto mas cuanto que tenemos entendido que nuestra jóven *prima donna* la señora Albertini desearia conocer con mas larga permanencia esta España que tan bien la ha recibido y en la que se halla muy á su placer.

F. F. A.

LOS DOS NEGOCIANTES.

III.

(CONCLUSION.)

Llegó por fin el tan deseado día de la ceremonia

nupcial; y maese Woerden y su hijo marcharon para Broek; pero esta vez no sucedió como anteriormente, pues que entraron en casa de Van Elburg por una puerta especial, de suntuosa apariencia, y decorada con dos lujosos llamadores de metal dorado, cuya puerta, según la costumbre del país, no se habría mas que en tres ocasiones solemnes: para los bautismos, los casamientos ó para conducir alguno a la última morada. Un numeroso concurso de parientes y amigos se hallaba ya reunido en el salón. El dueño de la casa se adelantó hacia los recién llegados, penetrando por medio de aquella multitud de convidados; pero tan pálido y alterado, que Guillermo se figuró venía á anunciarles alguna sensible nueva. Mas Woerden no participó en nada de las inquietudes de su hijo, porque el astuto negociante sabía mejor que nadie, la causa de la aflicción de su huésped.

—¿Qué tenéis, mi querido Van Elburg? le dijo, alargándole la mano, con una sonrisa hipócrita, estais muy demudado.

—Ah! querido amigo, me hallo en un cruel apuro es indispensable que nos veamos sin testigos; tengo que hablaros de un negocio muy importante.

—¿Qué es eso compañero estais por ventura arrepentido ya de haber consentido en la union de los muchachos? Decidlo, porque aun estais en tiempo de retirar vuestra palabra.

—Ah! no se trata de eso, querido maese Woerden, al contrario, estoy sumamente satisfecho de haber contribuido á la felicidad de nuestros hijos.

—Pues entonces (replicó vivamente el habitante de Amsterdam, que temia que cualquier incidente anticipase la esplicación que presentia) procedamos ante todo á la ceremonia del casamiento; pues como el objeto de mi venida, no ha sido otro que asistir al enlace de mi hijo, debéis conocer, que cualquiera dilación daria lugar á comentarios poco favorables á entrambos, por parte de los convidados, que acaso creerian, que nos ocupabamos en disputar sobre el arreglo definitivo de los intereses de los dos jóvenes.

Van Elburg hubiera querido de buena gana librarse de la pesada carga que oprimia su pecho; pero tuvo que resignarse, en vista de las razones de que tan sagazmente se valió maese Woerden para convencerlo, encubriendo el verdadero objeto de sus intenciones.

Salieron sin mas demora para la iglesia y pocos instantes despues, los dos esposos quedaron unidos con lazos indisolubles al pie de los altares.

Apenas estuvieron de vuelta, Van Elburg se apresuró á solicitar de su consuegro le concediese algun tiempo para escucharle.

—Ahora, compañero, le dijo, que todos se hallan ocupados en la festividad y en dar la enhorabuena á los consortes, y que no es fácil que tan pronto se eche de ver nuestra ausencia, tened la bondad de acompañarme á mi gabinete, pues allí hablaremos con mas libertad.

—Oh! es muy justo, querido amigo, estoy á vuestras órdenes, ya os sigo.

Van Elburg pasó á su gabinete y despues de haber cerrado la puerta cuidadosamente, dijo á su compañero. Bien sabéis que me he comprometido solemnemente con vos para entregaros en el término de quince dias cuatrocientos millares de arengues; pues bien, querido amigo, me hallo imposibilitado para verificarlo, por-

que hasta ahora no he podido proporcionarme ni siquiera uno solo, todos se han vendido.

—Ya lo ereo, replicó maese Woerden soltando la carejada, si yo los he comprado todos.

Van Elburg se quedó estupefacto.

—¿Cómo! exclamó; qué decís?... Entonces, cómo quereis que os cumpla mi promesa?

—Oh! de la manera mas sencilla del mundo, ya veréis como me la cumpla. Escuchadme ahora y no me interrumpais; me consta, querido compañero, que dejareis un dia una brillante fortuna á vuestra hija; pero es inútil tomar en consideración esa ventaja futura atendiendo á que mi posición me permite del mismo modo dejar á mi hijo iguales bienes; de consiguiente, lo que es en eso, hay una verdadera compensación por ambas partes. Muy diferente es en cuanto á las ventajas presentes, puesto que yo voy á ceder á mi hijo dentro de poco tiempo mi casa de comercio; mientras que vos por el contrario, no señalais á vuestra hija mas que cuatro mil ducados de dote. Ya veis que el tal sacrificio es evidentemente inferior al que yo hago. Ahora bien, yo no he querido contrariar la inclinación de nuestros hijos, por un motivo que á mi entender, es infundado; pero me he propuesto establecer el equilibrio en ambas partes y obligaros por el contrario á pesar vuestro, á que os elevéis á la altura de mi proceder.

A medida que Woerden se espresaba en estos términos, maese Van Elburg abría los ojos cada vez mas sorprendido.

—Para conseguirlo, continuó el habitante de Amsterdam ved aquí los medios que he empleado. Como os hallais forzosamente en el caso de dar cumplimiento á la obligación que me habeis firmado, y en la que os comprometeis á facilitarme cuatrocientos millares de arengues en el preciso término de quince dias, á razon de diez florines el millar, no os queda mas medio que recurrir á la persona que únicamente puede proporcionároslos; y como esa persona, añadió Woerden lanzando á su interlocutor una mirada de triunfo, es indispensable que sea yo, por cuanto que todos los arengues se hallan en poder de mis comisionados; tenéis que remitirme para que quedemos conformes, y saldemos cuentas, diez y seis mil florines pues que no os vendo el millar á menos de cincuenta.

Durante esta lucida peroración, habia recobrado Van Elburg su presencia de ánimo y toda su sangre fria habitual.

—Es muy justo, respondió con calma. Ah! maese Woerden, sois un diestro negociante, y me habeis cogido en un lazo habil; pero no tengais cuidado, que yo á mi vez tomaré la revancha.

Al decir estas palabras, saludó á su compañero, y salieron del gabinete dirigiéndose ambos al salón.

Por extraño que á Van Elburg pareciese el proceder de maese Woerden, el viejo negociante tenía demasiada experiencia para manifestar su indignación; así es que se revistió de la mayor serenidad, siendo el primero en tomar parte en la fiesta que debía terminar aquel dichoso dia.

Una semana despues el habitante de Broek marchaba para Amsterdam, con el pretexto de visitar á su hija que habitaba en casa de su suegro. Esta vez era al contrario, los papeles se habian trocado; maese Woerden era el que ahora se hallaba en estremo apurado.

—Ah! querido amigo! exclamó al punto que dis-

tinguió á su antiguo compañero, estoy en el colmo de la desesperación! Ahí teneis en la antesala á todos los pescadores de vuelta, sin haber podido encontrar un solo tonel para transportarme mis arenques. Toda mi mercancía se va á perder!

—Qué quereis compañero? respondió friamente Van Elburg; la cosa es muy sencilla; vos me habeis comprado todos mis arenques y yo os he comprado todos vuestros toneles. Pudiera aprovecharme de la ocasión y venderlos muy caros; pero como no he prometido á mi hija mas que cuatro mil ducados de dote, y mi objeto es solo recobrar el exceso de esa cantidad, os los cedo por la suma de que os habeis sabido apoderar con tanta habilidad. Mucho talento tiene la gente de Amsterdam, amigo mio; pero tampoco le falta á la de Breck.

—Bien, es igual, quiere decir que habeis seguido mi ejemplo, respondió con arrogancia maese Woerden.

T. P. U.

FIN.

NOTICIAS.

Madrid 3 de Octubre.

—Tenemos en esta corte al señor Euzet, artista de la compañía lírica del Circo.

—El estudio del pintor Van-Halen se halla muy concurrido, por la esposicion que en él se hace del cuadro de la *batalla de los siete condes*. Muchas personas de la alta sociedad de esta corte van á visitar al profesor obteniendo antes una paleta.

—El tenor Sínico que tantos triunfos ha conseguido en los teatros de Madrid, se ha escriturado por dos años en el teatro de Scala de Milan.

—La *Crónica de Limerik* dá noticia de dos mugeres de la secta de los Cuakeros que han sido detenidas en las calles de Longfort, donde se paseaban de una manera demasiado primitiva, con solo una falda de follage que les cubria desde la cintura á las rodillas.

—Siguen con actividad los ensayos de la gran ópera *Nabucodonosor*, en la que hará su estreno la prima donna absoluta señora Ober-Rossi.

—Ha salido para Italia el maestro Basily encargado por la empresa de los teatros de la Cruz y del Principe, de traer una compañía de ópera italiana.

—Nuestra compatriota la señora Paulina Viardot-García, se halla en los alrededores de París de donde marchará dentro de poco á San Petersburgo á recibir los cien mil francos porque está contratada en los seis meses de invierno.

—Mile. Hoffmann, célebre artista del teatro de Riga, se ha despedido del público con el *Domino negro*. Al concluir la representacion hizo un discurso á los espectadores, que la obsequia-

ron con un cofrecito lleno de diamantes. La cantatriz fué adornada con ellos en la escena entre las aclamaciones del público y el ruido de las trompetas y cimbales.

IDEM 6.

Restablecida ya de su enfermedad la señora Petit-Stephan se asegura que desempeñará el papel de *Sultana* en el nuevo baile titulado *La Pery* que se está ensayando.

—Después del *Nabucodonosor* se ejecutará en el teatro de la Opera *El Hernani*, de Verdi, y *Roberto el diablo*, de Mayerbeer. Al baile *La Pery*, seguirá tambien *El diablo enamorado*, que se pondrá en escena á beneficio de la aplaudida Guy-Stephan.

—El tenor B. tini que está ajustado por la empresa del teatro del Circo, debe llegar á esta corte á mediados de este mes. Se dice que ha elegido para su debut la *Gemma di Vergi*.

—En el Liceo se trabaja con actividad para preparar un gran concierto á que deben asistir SS. MM. y A.

—Dicen de Londres que la célebre bailarina la Taglioni, se ha contratado en diez mil libras esterlinas (un millon de reales) para el teatro de los Estados-Unidos, y que esta cantidad es probable que se aumente con algunos beneficios. Se cree que luego que concluya el tiempo de su contrata se retirará del teatro y pasará á vivir á su quinta del lago de Coma.

—Mayerbeer ha concluido últimamente tres óperas. Se asegura que el argumento de la primera está sacado de la guerra de los *Hussitas*, y que será destinada al teatro de la grande ópera de Berlin. Las otras dos, una de ellas titulada el *Profeta*, se cantará en el teatro italiano de Paris.

COMPañIA DRAMATICA DEL PRINCIPAL.

De un momento á otro debe salir á luz el programa de abono para la temporada dramática que dentro de pocos dias habrá de comenzar, y en él la nueva empresa, no obstante la libertad en que quedó de elevar los precios si la compañía llegaba á adquirir nuevos actores, renuncia á su derecho conservando los que estableció la antigua sin aumento alguno, á pesar de la adquisicion que ha logrado en la señora Baus y el señor Tamayo, tan justamente queridos de este público y tan recomendables por sus prendas así artísticas como sociales.

CADIZ: 1844.

Imprenta de don Manuel José de Uclés, calle de Vestuario, número 97.